

Notas sobre los cuentos infantiles (I)

JOSE LUIS BLANCO VEGA

El año 1971, en su libro «Narraciones infantiles y cambio social», escribía Antonio Martínez Menchén:

«Yo comencé escuchando las viejas historias tradicionales que contaba mi madre. Posteriormente pasé a leer las novelas de aventuras, reflejo infantil del mundo de la novela burguesa. Pero mi hija posiblemente no escuchará cuentos ni leerá novelas de aventuras. El cine, el «comic» y la televisión serán sus narradores de historias».

Si aceptamos el hecho irreversible de que los tiempos cambian, de que también cambian las culturas e incluso las galaxias que parecían inmutables como la de Gutenberg, la cita que acabamos de transcribir habría que entenderla no como un lamento, sino como la constatación de un fenómeno que está ahí y que no habría por qué lamentar. Nadie sigue llorando porque la invención de la imprenta haya despojado al libro, al viejo manuscrito, de ese aire de sacralidad que le otorgaba su condición de único, y si en adelante ha de ser la televisión y no la abuela quien les cuente las historias a los nietos, substituyendo el lenguaje verbal por el lenguaje electrónico, la cosa no habría que tomarla como una ruptura irreverente con el pasado, sino como una consecuencia, dentro de un cuadro general de enorme amplitud, de otra ruptura más profunda: el salto hacia el futuro.

Sin embargo, tal vez porque estemos todavía en una época intermedia donde el entrecruzamiento de la vieja y la nueva cultura es inevitable, y porque precisamente «el aparato substitutivo de la abuela», la televisión, está en tela de juicio como tal substitutivo, el tema de los cuentos infantiles, los cuentos de tradición oral y escrita, vuelve de vez en cuando a la palestra. Por otra parte, la televisión ha sido muchas veces vehículo divulgador de algunas de las más bellas fábulas escritas para niños con la consecuencia de que la divulgación televisiva ha redundado en provecho de las librerías que han sacado al escaparate la obra original. Otra cosa es que ocurra lo que ocurre: se compra, por aquello de la novedad, pero luego no se lee. Cuando, por poner un ejemplo, se transmitía en Italia la serie «Guerra y Paz» sobre la novela de Tolstoi, la aparición de la novela en urgentes reediciones baratas constituyó un cierto éxito editorial. Sin embargo, encuestadas las gentes de la calle en aquellos mismos días, a la pregunta «¿Ha leído usted «Guerra y Paz»? la mayoría contestaba que no, algunos la habían comprado y no la habían leído porque era demasiado gorda; otros habían hojeado las páginas finales para ver cómo iba a acabar la serie de la tele.

Por otra parte, y volviendo a los cuentos infantiles, esas ediciones de urgencia aprovechando la onda de la televisión, o aprovechando fechas de regalo obligatorio (Navidades, Reyes, primeras comuniones...) no suelen ser muchas veces, sino pedestres adaptaciones o ele-

mentales simplificaciones de los auténticos cuentos infantiles o las auténticas narraciones «juveniles». Ni siquiera se llega a la magia original del cuento mágico, a la fresca narrativa de Stevenson o Keeling. Pues bien, hablemos una vez más de los cuentos, de los llamados clásicos, de los llamados mágicos o fantásticos, los de las hadas y los dragones, desde la perspectiva de un interrogante, el de su conveniencia o inconveniencia, su actualidad o su desfase dentro del mundo evolutivo del niño.

No sé si queda todavía algún método de análisis, algún colador crítico por el que hacer pasar una vez más a los cuentos. Se ha ocupado de meterlos en su máquina el análisis estructural (véase el libro de Prop. «La estructura de los cuentos populares rusos»), el análisis de inspiración sociológica (hemos citado al comienzo del artículo el libro de Menchén, «Narraciones infantiles y cambio social»), el psicoanálisis que ha encontrado en los cuentos pasto abundante para las lucubraciones más extravagantes y para algunas conclusiones iluminadoras. De todas estas pruebas analíticas les han ido llegando a los educadores, padres y maestros, conclusiones simplificadas o juicios extrapolados que les han inducido a pensar que dejar en manos de los niños los cuentos de toda la vida era algo así como poner en sus manos un material inopinadamente inflamable.

Es posible que una mala aplicación del método psicoanalítico o una mala comprensión de sus resultados, haya creado en algunos educadores una actitud preventiva, cuando no de rechazo.

Si afirmar que el personaje de Alicia, que atraviesa los espejos para llegar al país de las maravillas, es un personaje «fálico», o que el soporte profundo del cuento de Caperucita es un erotismo latente pero tan feroz como el lobo, o que en la Cenicienta por aquello del pie y la zapatilla de cristal hay una elaborada simbología sexual; si llegar a esas conclusiones, digo, equivale (en la mentalidad del educador) a la formulación de un juicio sobre la perversidad de esos cuentos y el posible desencadenamiento de la perversidad latente del lector infantil, se está sin duda confundiendo «el cielo» con las témporas. Ciertamente no son cuentos inocentes pero en el sentido en que tampoco lo es la conducta edípica del niño o la más angélica simbología religiosa.

Precisamente algunas de las razones de la pervivencia de esos cuentos en la costumbre y en la memoria de los lectores, se ha formulado en términos de reencuentro, de empatía con la psicología profunda de la persona. Los cuentos infantiles traducen o, en otras palabras, sacan a superficie bajo una encarnadura simbólica algunas de las tensiones, angustias, terrores, apetencias que subyacen en toda criatura humana. A veces funcionan como imágenes proyectivas, a veces como exorcismos.

Quienes aceptan esta opinión se sitúan ante los cuentos como ante agentes liberadores de esa oscura ener-

gía sin salida previsible. Véase al respecto el libro de Bruno Bettelheim, **Sicoanálisis de los cuentos de hadas** (Grijalbo).

Si del psicoanálisis pasamos al terreno del análisis sociológico y sus implicaciones morales, las denuncias han estado a la orden del día:

«Un análisis de la clase de moral que se deriva de esta literatura infantil sería útilísimo y no dudamos que descubriría los ocultos mecanismos reaccionarios que componen su propia estructura. Vimos cómo los animales, los huérfanos, los padres enfermos, los tesoros perdidos, las deseadas realidades (temas todos del s. XIX) componían el repertorio de esa literatura. Pero cada uno de estos temas, la tipología de sus héroes, las motivaciones tradicionales, etc., forman parte de una mitología de fácil clasificación. Por lo general, siempre se trata de una lucha del Bien contra el Mal, expuesta de un modo escandalosamente maniqueo y que muchos justifican en razón de la corta edad del lector, pero cuyas consecuencias «morales» no se pueden ignorar. No hace mucho, la escritora Carmen Kurtz, en la *Semana de Cine Infantil* de Gijón, nos decía que «hay que presentar bien definidos la bondad y la maldad». Y en virtud de esa ambigua y discutibilísima afirmación la escritora defendía el valor moral del «western» clásico (aniquilamiento de los «malos», la muerte como solución, etc.) A nadie engaña este tipo de teorías, este falso «humanismo»; de ahí a justificar la violencia como medio privilegiado de actuación social no media paso alguno. Otro tanto ocurre con las motivaciones que impulsan a los héroes de los relatos infantiles; siempre existe una oculta o explícita «lógica aspiración» a conquistar puestos sociales más elevados, concretamente a emular a la aristocracia; son corrientes los desenlaces «felices y morales» a base de matrimonios de gentes humildes con maravillosas princesas que cedieron su corazón ante la valentía, arrojo, virilidad; los descubrimientos en los huérfanos de clases bajas de pasadas noblezas familiares; los mágicos encantamientos únicamente destinados a «medrar» en la escala social, etc. El caso es que esta aparente «evasión» encubre otro tipo de realidades. No hay huida de la realidad, sino y precisamente sublimación de la misma. Como en el caso del sueño, esta literatura infantil no es «gratuita» e inofensiva; es un «sueño» despierto que se quiere real; y lo que es todavía peor, es un «sueño» de carácter colectivo que pretende crear un tipo de conciencia infantil determinada por ciertas mitologías sociales que, por otra parte, nacieron como medio de integrar contextos históricos hoy completamente superados» (*Asturias Semanal*, n. 9).

La cita ha sido larga, pero merece la pena por lo contundente y lo reasuntiva del problema desde esta óptica de análisis.

Pues bien, es indudable que, según fuese el ideal pedagógico de la sociedad del momento (y quien dice pedagógico dice necesariamente también sociológico), así era la mayor parte de las veces la literatura infantil. Por tanto, podríamos concluir que los cuentos a que nos estamos refiriendo tampoco a este nivel resultan «inocentes». El convencimiento de que esto es así ha dado como resultado el que algunos escritores, los más preocupados por la repercusión pedagógica de su obra, se hayan lanzado a una tentativa de sustitución y renovación: cambiar los viejos cuentos de ayer por los nuevos cuentos de hoy. Si «Corazón», de D'Amicis corresponde a los ideales del liberalismo italiano; si «Timur y su brigada», de Arkadi Gaidar, corresponde, según Carmen

Bravo-Villasante, a quien cito de memoria, a las teorías de Gorki sobre la literatura infantil en la sociedad revolucionaria rusa, y los «comics» sobre Maho substituyen a los viejos cuentos chinos en la China mahquista, la evolución sociopolítica de un país, o incluso lo que pudiéramos llamar la «modernidad» de un país traería consigo ese doble imperativo: desterrar precisamente del mundo de los niños los cuentos que sustentaron la ideología y los ideales de la sociedad caducada y crear los que correspondan a ese «new Deal» de la sociedad que comienza. Y ello se ha intentado en todos los países con resultados discutibles empezando porque quien manda es el niño (otros dicen que los que mandan son los padres o los maestros, yo creo que en este caso no) y ha de ser él, en definitiva, quien decida por su aceptación o su rechazo la validez de un cuento en cuanto cuento. ¡Qué inútil, me parece, hubiera sido tratar de imponer en las escuelas de la Segunda República Española a «Platero y yo» como libro de aprendizaje de lectura! En este caso, la indiscutible calidad del libro hubiera tropezado probablemente con la incompreensión del niño enredado en la sintaxis de Juan Ramón Jiménez.

Para Bruno Bettelheim, en el libro citado anteriormente, la respuesta parece sencilla:

«Algunas personas propugnan que los cuentos (de hadas) no proporcionan imágenes reales de la vida tal como es y que, por lo tanto, son perjudiciales. Pero quienes afirman esto no tienen en cuenta que la verdad de la vida de los niños puede ser distinta de la de los adultos. No son conscientes de que los cuentos no intentan describir el mundo externo y la «realidad», ni reconocen que ningún niño normal cree que estos relatos describen el mundo de manera realista».

En un artículo titulado «**Quieren llevar los cuentos de hadas a la picota**», aparecido en el diario «Ya» (25-V-1978), Juan Cervera trala a colación una cita de Tolkien, el autor de relatos tan fantásticos como «**El señor de los anillos**»:

(de niño...) «no deseaba en absoluto tener los sueños ni aventuras de Alicia, y cuando me las contaban, simplemente me divertía».

Y todavía más explícito recalca, hablando de cuentos de dragones, de esos dragones que luego ocuparían un puesto tan privilegiado en su literatura:

«Yo nunca había imaginado que el dragón fuera de la misma especie que el caballo. El dragón llevaba la marca registrada del país de las hadas y, procediera de donde procediera, sería siempre de otro mundo» (por lo tanto, «imposible» en el mundo real).

Aun a riesgo de acumular cita sobre cita, me parece importante y en línea coherente con lo que acabamos de decir, el siguiente texto de Fernando Savater tan interesado él por la recuperación de la infancia (ver su libro «**La infancia recuperada**»), una de cuyas formas de

recuperación es precisamente la repesca de sus cuentos y de la buena literatura infantil que la alimentó desde siempre. Savater escribía el 11 de diciembre de 1977, en «El País», bajo el título «Hadas, dragones y paladines»:

«Los argumentos más o menos racionalistas —«progresistas» es la odiosa palabra— contra los cuentos de hadas siempre me han parecido desusadamente frágiles. Se condena a los cuentos de hadas porque no existen hadas; mucho más lógico sería rechazar las novelas policiales, precisamente porque existen policías; o las historias de hospitales por la inevitable presencia en el mundo de los hospitales. Pues sucede que lo único malo de las hadas es que no las hay, mientras que lo malo de policías y hospitales es justamente su existencia. Además, decir que no hay hadas resulta bastante excesivo: lo más que puede aventurar sobre ellas un espíritu científico es que manifiestan su existencia de forma tan poco ortodoxa que incluso pudieran inducirnos a pensar que no existen. Ocultamiento que bien pudiera ser el objetivo de las hadas para mejor sorprendernos después. En todo caso, el reino de las hadas contiene muchas cosas y no sólo hadas. Según uno de sus exploradores modernos más conspicuos, J. J. R. R. Tolkien, comprende muchas otras cosas que elfos y hadas, o enanos, brujas, ogros, gigantes y dragones: engloba mares, el sol, la luna y el cielo, y también la tierra y todo lo que contiene: el árbol, el pájaro, el agua y la piedra, el

vino y el pan, y también a nosotros mismos, hombres mortales, cuando estamos encantados. El reino de las hadas cumple la paradoja de ser finito pero ilimitado, cerrado pero desconcertantemente abierto, estrictamente legislado pero prodigioso. Está en nuestro mundo cotidiano, en el dominio de la necesidad pero no se confunde con él; sus fronteras son fluidas, variables y podemos atravesarlas al saltar un arroyo, al volver la esquina que la luz del farol no alcanza o al frotarnos con cierto ungüento mágico».

El espíritu de provocación para educadores «progres» o precavidos que se desprende del párrafo anterior, no invalida su razón, razón poética desde luego, puesto que no intenta armarse de otro tipo de argumentación (más «científica») para blindar el discurso. En todo caso, Savater se remite, una vez más, a Bettelheim, referente obligado en este punto, y a su convicción de que el cuento de hadas sigue siendo un factor básico para «la formación sana de la subjetividad infantil». Finalmente, añade:

«¿Diré el último e inapelable dictorio que abrumba a los cuentos de hadas? Esta palabra-apisonadora: evasión. Pues bien, aceptémosla, pero haciendo inmediatamente la salvedad que señaló Tolkien: se trata de la evasión del prisionero, no de la huida del desertor...»

